

Amor, deseo y fantasía en *El invitado* de Carlos Arcos Cabrera

Jim Anchante Arias*

Resumen

El presente artículo es un análisis de la novela *El invitado* del escritor ecuatoriano Carlos Arcos Cabrera. Dicho análisis tiene como marco teórico el concepto lacaniano de fantasma, así como la noción de amor a partir de la propuesta ontológica de Alain Badiou. Se parte de la hipótesis de que en la mencionada novela, el matrimonio Felipe-Carmen configura una conflictiva relación que crea un discurso intrahistórico y otro histórico. Este último, teniendo como telón de fondo el conflicto de la Guerra interna peruana y del accionar de grupos paramilitares durante los primeros años de la década del 90 del siglo anterior.

Palabras clave

amor,
deseo,
fantasma,
guerra popular,
paramilitar.

Love, Desire and Fantasy in *El invitado* by Carlos Arcos Cabrera

Abstract

The present article is an analysis of the novel *El invitado* by Carlos Arcos Cabrera Ecuadorian writer. The theoretical framework of this analysis is the lacanian concept of ghost and the notion of love of Alain Badiou's ontological theory. It begins with the hypothesis which in the novel, marriage Felipe-Carmen forms a troubled relation that creates two speeches: historical and intra-historical. The historical speech has as scene the Peruvian Popular War and the actions of paramilitary groups in Nineties of Twenty century.

Keywords

love,
desire,
ghost,
Popular War,
paramilitary.

Recibido: 07 de septiembre de 2015 | Aprobado: 02 de noviembre de 2015.

* Magíster en Literatura Hispanoamericana. Docente en la Universidad San Ignacio de Loyola. Estudiante del Doctorado en Estudios Iberoamericanos en la Universidad Bordeaux Montaigne (Francia) en cotutela con la UNMSM. Autor de los libros *Poesía, ser y quimera: estudio de La mano desasida de Martín Adán* y *Las figuras del cazador: símbolos, alegorías y metáforas en Simbólicas de José María Eguren*. E-mail: adriabel44@hotmail.com

Introducción

Carlos Arcos Cabrera (Quito, 1951) es un escritor ecuatoriano que destaca en el género novelesco. Ha publicado los libros *Un asunto de familia* (1997) y *Vientos de agosto* (2007). *El invitado* es su tercera novela, publicada en el 2007 por Editorial El Conejo.

Curiosamente, la historia de esta novela está ambientada no en Ecuador, sino en Perú, y más exactamente en Lima durante los primeros años del primer gobierno de Alberto Fujimori (1990-1995). Según los datos que nos da la novela, el núcleo de la historia acontece en 1991. El telón de fondo es la guerra interna entre el Estado y Sendero Luminoso, y más específicamente la labor de grupos paramilitares como fuerza paralela al Ejército y la Policía en una práctica antisubversiva conocida como “guerra de baja intensidad”. Entonces, como señala Francisco Carrión Mena, si bien la novela “se sitúa en el Perú (...), podría ubicarse en cualquier país de América Latina asediado por radicalismos feroces que irrespetan al ser humano en sus más elementales derechos dentro de democracias frágiles y sociedades excluyentes” (Cfr. Arcos 2007: p. 218). Esta novela, por ende, forma parte del conjunto de obras que la crítica ha dado en llamar narrativa de la violencia.

En el presente trabajo, buscaremos analizar la relación entre dos de los personajes principales de la novela en cuestión, los esposos Felipe y Carmen. Dicha relación, como ya se mencionó, tiene como telón de fondo el contexto de la guerra y el accionar de grupos paramilitares, organizados en forma clandestina. Para analizar esta relación se empleará como marco teórico la propuesta ontológica de Alain Badiou de *amor*, entendido este como experiencia del mundo desde el Dos. Ahora bien, dicha relación también se puede vincular con la noción lacaniana de *fantasía* (excedente fantasmático) a través de la clásica pregunta “¿qué desea el otro de mí?”, a partir básicamente de la psicología de los personajes, de sus ansias, silencios y temores. Hay así una representación conflictiva en el proceso de la relación mencionada, vinculada con las situaciones sociales que acontecen a su alrededor y que en gran medida lo determinan.

Amor y deseo en *El invitado*

La historia de la novela es narrada a partir de cuatro perspectivas: Felipe padre, su esposa Carmen, el hijo de ambos (también Felipe) y Víctor Otiniano Llauri, policía que pertenece a un grupo paramilitar cuyas acciones se realizan en Casablanca, establecimiento que queda al sur de Lima y donde se lleva a los *invitados*, personas ligadas, directa o indirectamente, a Sendero y que son forzadas a declarar lo que sepan. De ahí el título de la novela. Nos centraremos, por ahora, en la perspectiva de los esposos, Felipe y Carmen, y de su relación a partir de las nociones de *amor* y *deseo*.

Amor

En *Elogio del amor* (2012), Alain Badiou reflexiona sobre el amor desde una perspectiva filosófico-ontológica, aunque cargada de ejemplificaciones literarias. Dicha reflexión se enmarca en su discurso ontológico que tiene como eje axiomático la Acción o Revolución. Así, Badiou define el amor como la experiencia del mundo desde el Dos, es decir, desde la diferencia. Por ende, muestra su desacuerdo con aquellos intelectuales que han definido el amor como una fusión: el amor no vuelve el Dos en Uno. Cada Uno (cada *sujeto*) mantiene su propia nominación (simbolización), aunque claro que desde la ardua experiencia del amor.

Ahora bien, al filósofo le interesa centrarse en un elemento que considera sustancial en el amor: el proceso¹. No entendido, claro está, como la duración en el sentido convencional de la palabra (aunque algo de ello hay, a nuestro entender, como lo hace ver el mismo Badiou en expresiones como “te amaré siempre”), sino en aquello que representa a través de la metáfora rimbaudiana: la reinención del amor. Cómo el amor, en tanto experiencia del mundo desde el dos, se reactualiza a través de la inconmensurable fuerza del acto de fe.

En *El invitado*, la pareja Carmen-Felipe experimenta un proceso determinado por hechos externos e internos. Se ven imbuidos en una etapa que convencionalmente denominamos como rutina: sus trabajos, la conflictiva relación con su hijo adolescente, además del peso de una sombra que se extiende a lo largo de su relación: la infidelidad. Si bien, en mayor o menor medida, cada personaje hace alusión a un *amor* hacia su pareja, el mismo manifiesta una problemática especial.

Otro detalle fundamental es la vida *individual* que cada uno lleva, la cual se manifiesta sobre todo en sus secretos, en el mundo propio y que solo le pertenece a cada uno. El narrador desde la perspectiva de Carmen, por ejemplo, llega a mencionar que “cada uno tenía su mundo vedado a la mirada del otro, aunque no a las dudas y a las susceptibilidades que el silencio y el ocultamiento provocaban” (Arcos, 2007 p. 12). Ello se concreta en una afirmación que la misma Carmen enfatiza: “Es el diez por ciento de tu vida, del que no debes dar cuenta a ninguna persona, ni siquiera a tu analista, menos aún a tu marido” (Arcos, 2007 p. 12). Carmen y Felipe, entonces, llevan un *porcentaje* de vida aparte de la que llevan en común.

Dicho *orden* se quiebra con el secuestro que sufre Felipe padre por parte de un grupo paramilitar, debido a que él, abogado que tenía un pasado trotskista en su juventud universitaria, estaba viendo los casos de personas desaparecidas en Apurímac en el contexto de la lucha Sendero-Fuerzas militares y policiales. Por ende, estaba en la *lista extraoficial* de un grupo de posibles colaboradores de Sendero. Como conocemos a partir del narrador desde la perspectiva de Otiniano Llauri, el grupo paramilitar recibía órdenes de Estación Central y en especial de un personaje conocido como El Monje², fuerza subrepticia en el interior del Gobierno y las Fuerzas Armadas. El abogado es capturado y llevado en calidad de *invitado* a Casablanca, donde las víctimas eran interrogadas por medio de la tortura, asesinadas y finalmente enterradas clandestinamente en las afueras de la ciudad.

El nudo de la historia se centra en la búsqueda que inicia Carmen de su esposo desaparecido, con ayuda de personajes que tienen contactos en las esferas de la Iglesia, la política y el Ejército. Además, durante este recorrido ella reflexiona acerca de su relación con el esposo y el hijo, sobre su propia vida, la cual es vista como un conjunto de actos fallidos. El balance que establece de su vida es negativo: “El encuentro con María del Pilar tuvo la fuerza de evidenciar la impresión de fracaso que le llevaba a agrandar los problemas que tenía con Felipe padre y Felipe hijo” (Arcos, 2007 p. 92). A ello le sumamos la molestia que le generaba la visión que las personas de su entorno tenían de su relación, la cual vinculaban en un primer momento con

1 Para Badiou, la mayoría de escritores y filósofos se han centrado en el *encuentro* y en la *declaración* del amor. Un ejemplo epónimo de ello es *Romeo y Julieta* de Shakespeare. Entonces, a decir del autor, ha habido un descuido en la reflexión sobre la *construcción* del amor, es decir, sobre la importancia del acontecimiento del amor, y de su reinención, en la sociedad.

2 Posible alusión a Vladimiro Montesinos, pues como recordaremos, cierto sector de la prensa de esos años lo bautizó como *Rasputín*, el famoso monje ruso consejero de los Romanov: “El periodismo peruano (...) bautizó a Montesinos con el adjetivo más ruidoso y más a la mano: el Rasputín del régimen fujimorista” (Jara 2003: p. 42).

la desaparición de Felipe: “Estaba furiosa, las personas con quienes había hablado tomaban la inexplicable ausencia de Felipe padre como si fuera el inevitable resultado de su relación, de su abandono o una traición y eso la tenía harta. En las preguntas había un juicio contra su vida” (Arcos, 2007 pp. 68-69).

En Felipe padre también había una visión de sinsentido en su vida, así como de deterioro en su relación con Carmen. En su caso, sobre todo a partir de los secretos que había entre ellos: “¿Desde cuándo no hablaba de mis cosas con Carmen? ¿Cuáles eran mis cosas? Lo de Malena era parte de mis cosas, lo de Apurímac era parte de mis cosas, la sensación de sinsentido que tenía mi vida, era parte de mis cosas” (Arcos, 2007 p. 39). En ambos casos, entonces, concuerda una visión de frustración hacia su vida, así como la sensación de un matrimonio deteriorado por la infidelidad, la desconfianza y el silencio. ¿Podemos hablar de amor en este contexto?

La respuesta, al menos desde la perspectiva de Badiou, parece ser negativa. Sobre el matrimonio, el filósofo nos dice lo siguiente:

El matrimonio es (...) concebido, no como una consolidación del lazo social contra los peligros del vagabundo amoroso, sino como aquello que hace sincero el amor respecto de su destino esencial. Existe la posibilidad de transmutación final del amor cuando *el Yo se sumerge a través de su propia transparencia en el poder que lo ha hecho*, vale decir: cuando, gracias a la experiencia del amor, el Yo se entronca con su proveniencia divina. El amor es, entonces, más allá de la seducción, y mediado seriamente por el matrimonio, una manera de acceder a lo sobrehumano. (Badiou, 2012 p. 23)

Las alusiones a lo divino y lo sobrehumano no debemos entenderlas, es necesario aclararlo, en un sentido religioso, sino al carácter *esencialista* que Badiou le otorga a la noción de amor: el amor constituye una *verdad universal*. No estática, sin embargo, sino todo lo contrario: la naturaleza del amor es dialéctica y se va reinventando a partir de nuevas situaciones que generan un nuevo acontecimiento y una nueva simbolización. Pero tal proceso parece no cumplirse en el matrimonio entre Felipe y Carmen. Por ejemplo, la sinceridad se rompe con las infidelidades que cada uno lleva adelante en determinadas situaciones de la relación. Y, para Badiou, en el acontecimiento que construye el ser del amor a través de la experiencia de dos, se excluye la infidelidad, puesto que el amor involucra la totalidad del ser del otro, es decir, de la pareja.

Incluso cada uno, en diferentes momentos de la trama, llega a preguntarse si realmente ha estado enamorado o enamorada. Felipe, en sus momentos delirantes después de la tortura, al pensar en su esposa y en su amante del pasado, se pregunta lo siguiente: “¿La amé? No lo sabía. ¿Qué era amar? ¿Amo a Carmen? Antonella fue un deseo intenso, eso lo podía asegurar en aquel instante, aunque no lo había vuelto a ver desde que me reconcilié con Carmen e incluso desde antes” (Arcos, 2007 p. 119). El narrador desde la perspectiva de Carmen, con mayor seguridad, nos dice que ella “estaba convencida de que la relación con Felipe le había permitido crecer y comenzar el lento camino de separación con sus padres, aunque en más de una oportunidad, como una sombra que se proyecta y que desaparece en lo más hondo de su corazón, intuyese que no estaba suficientemente enamorada, aunque había mucho de él que le gustaba” (Arcos, 2007 p. 188). Sin embargo, la visión de los personajes en torno a esta perspectiva es contradictoria a lo largo de la historia. Volveremos a ello.

Deseo

“Il n’y a pas de rapport sexuel” es la famosa frase lacaniana que explica, en el orden de lo simbólico, la hiancia del sujeto y, por ende, la imposibilidad de satisfacción de su deseo, puesto que este deseo del sujeto, desde el psicoanálisis, lleva implícito una imposibilidad. Ello presenta su correlato en la otra famosa frase: “El deseo es siempre el deseo del otro”. El deseo no involucra un objeto (o sujeto) tangible que se desea, sino una falta que está inscrita en la palabra. La palabra (el lenguaje) lleva implícita la carencia de objeto, de ahí que el sujeto tachado es el sujeto del lenguaje. En términos psicoanalíticos, el deseo (inconsciente) del sujeto (tachado) se constituye como carencia en la cadena significante. Pero vayamos por partes.

Badiou, al hablar del amor, analiza el “no hay relación sexual” lacaniano. Pero lo entiende de forma distinta a como muchos lo han interpretado. Como la unión entre dos sujetos es imposible, pues cada uno se encuentra sesgado por la *realidad* de su *fantasma*, entonces “no hay relación sexual” involucra que tampoco existe amor. Sin embargo, para Badiou dicha frase no hace más que separar ambas nociones, la sexualidad y el amor. Relaciona la primera acepción con el goce y afirma que es exclusivamente individual y, por ende, narcisista. El amor, en cambio, responde a otra naturaleza:

Si no hay relación sexual en la sexualidad, el amor es aquello que suple la falta de relación sexual. Lacan no dice que el amor sea el disfraz de la relación sexual, afirma que no hay relación sexual posible, que el amor es lo que no está en el lugar de esta no-relación. (...) en el amor, el sujeto intenta abordar el *ser del otro*. En el amor, el sujeto va más allá de sí mismo, más allá del narcisismo. (Badiou, 2012 p. 26)

Desde este punto de vista, Badiou realiza una lectura que problematiza las nociones psicoanalíticas de deseo y de goce con el objetivo de sustentar su argumento del amor como experiencia del mundo desde el dos. ¿Qué se sugiere en la relación de Felipe y Carmen a partir de esta problemática?. En ambos personajes, la pulsión que los mueve es el deseo sexual. En el caso de Felipe, se manifiesta a través de su relación con Antonella, motivo de su primera separación con Carmen, así como la aventura que inició de forma intermitente con Malena. En ambos se manifiesta, a nuestro parecer, una insatisfacción frente la vida de hombre casado y padre de familia. Esa vida paralela buscaba llenar los vacíos que su vida *oficial* dejaba incompleta. En el caso de Carmen, hay una intensa búsqueda de experiencias, sobre todo en los momentos más difíciles de su matrimonio; experiencias que, dadas las convenciones patriarcales, debía mantener en el más absoluto silencio (a diferencia de Felipe, cuyos amigos conocían sus aventuras). Ahora bien, es Carmen quien en un momento determinado, luego de una aventura con su instructor de yoga, realiza una compleja y profunda reflexión sobre las palabras que motivan nuestra lectura (amor, deseo y goce). El narrador nos dice lo siguiente sobre la esposa:

Disoció sexo de amor, pues no estaba enamorada de Francisco; amor de placer, ya que nunca encontró en la relación con Felipe una fuente igual de goce, incluso en aquellos momentos en que más lo amó, y, finalmente, separó sexo de goce, pues el sexo era una puerta de entrada al placer, al goce, que tenía sus propias leyes, sus propios caprichos, más allá, mucho más allá del sexo. Disparado por el sexo, el placer adquiriría en ella vida propia. (Arcos, 2007 p. 207)

¿A qué se refiere con la separación entre sexo y goce? ¿En qué momento el placer adquiere vida propia, independientemente del sexo? En todo caso, encontramos cierta corresponden-

cia con la propuesta de Badiou al disociar amor de sexualidad. Ahora bien, si nosotros complementamos esa disociación a partir de lo que se sugiere en el fragmento anterior, podemos relacionar el deseo con el goce-placer al que se refiere Carmen. Si avanzamos un poco en la historia, observamos que ese goce-placer termina siendo también insatisfactorio, que sigue patente un vacío en su vida.

Un goce que está más allá del sexo. Ello recorre en forma tensa y conflictiva la historia de Carmen y de Felipe. No olvidemos que en psicoanálisis el goce (*juissance*) se vincula con el placer, pero también con la frustración y el dolor. En todo caso, este goce, en tanto deseo inconsciente, propone que nuestro deseo está constituido por nuestra relación con las palabras. Consideramos que para ahondar en esta problemática nos será de mucha utilidad la noción de *fantasía*.

La fantasía

En términos lacanianos, conceptos como “fantasía” y “realidad” nos llevan por distintos senderos. Así, lo que comúnmente entendemos como “realidad” es aquello que se instaura en el registro de lo Simbólico, que es el ámbito ordenador (estructurador) de nuestra anterior situación en el estadio del espejo (vale decir, lo Imaginario). Ya en un sentido más extenso, lo Simbólico es ese conjunto de redes significantes que nos sitúan como sujeto en el mundo. Pero, ya que la configuración de nuestro sujeto viene “desde fuera”, sabemos entonces que no hay un sujeto unívoco e inmutable, sino todo lo contrario: el sujeto del inconsciente es un sujeto dividido, tachado. Y es allí donde entra en juego el registro de lo Real, que puede ser entendido de dos maneras:

- 1) como el obstáculo al buen funcionamiento del orden simbólico (el cual, como ya se dijo, funciona a través de significantes), es lo que obstaculiza el orden de lo simbólico; y
- 2) como algo que presupone que hay algo “realmente mío”, que hay algo natural mío que me resiste (y que excede al orden simbólico, el cual se ha instaurado a través del complejo de “castración”).

En ambos casos, lo que se puede apreciar es que lo Real es aquello que escapa al orden de lo Simbólico, que crea un “agujero” en él y que nos hace testigos de nuestra condición de sujeto tachado. Es algo que no se articula a través de la estructura de los significantes, y que sin embargo no podemos decir que esté fuera de la estructura, sino que es un excedente (excrementicio) que hace tambalear lo que convencionalmente entendemos como realidad.

Con esta breve explicación, se observa que debemos distinguir entre la “realidad” ordenadora que instaura el registro de lo Simbólico, y lo “Real” como ámbito que crea un hueco en el edificio de la realidad, y que, a pesar de estar más allá del carácter estructurador del lenguaje (puesto que somos sujetos castrados en tanto somos sujetos hablantes), no está fuera de este, sino que, al horadar lo que configura nuestra realidad, también hace tambalear a esta.

Hechas estas aclaraciones, podemos ahora observar la relación entre la fantasía (el excedente fantasmático) y los registros que conforman la estructura del inconsciente. Si, siguiendo a Žižek, entendemos la fantasía como aquello que “constituye nuestro deseo, provee sus coordenadas, es decir, literalmente *nos enseña cómo desear*” (Žižek, 1999 p. 17), y vinculando esto con la ya citada frase de lacaniana de que “el deseo es siempre el deseo del otro”, pode-

mos observar de inmediato que la fantasía es un elemento de tensión entre la realidad y lo Real. La fantasía es ese elemento que busca *dar forma* a nuestro deseo en el orden de lo simbólico, vale decir, en la realidad (en ese sentido es que entendemos que “la fantasía sostiene a la realidad”), pero que a su vez la excede, puesto que nos conduce a la Cosa (eso que yo no conozco pero que es parte de mí), adonde apunta nuestro deseo que es el deseo del otro, y que se puede relacionar con el “objeto a” lacaniano (distinguiendo, en este punto, el “objeto a” que siempre establece un excedente en la realidad, del “objeto a” en el fantasma, ya que aquí lo que se busca es que el sujeto ingrese al orden simbólico). El hombre, por ello, construye fantasmas en su realidad para sostenerla, pero esos fantasmas (provenientes del registro de lo imaginario) a su vez deconstruyen la realidad estructurada al permitir la aparición de un excedente (estamos ahora en el ámbito de lo Real) que la cuestiona y horada. En *El invitado*, ¿cómo hace su aparición este excedente fantasmático?

Un aspecto fundamental en la novela, mencionado pero no desarrollado en su plenitud, es el marco de la violencia a partir de la guerra popular que aconteció en nuestro país entre las décadas del 80 y 90 del pasado siglo. Recordemos que el *botón* que activa el conflicto intrahistórico del matrimonio Felipe-Carmen es el secuestro del primero a manos de un grupo paramilitar. Es en ese momento cuando ambos piensan en su relación y en ciertos resquicios de lo que *realmente* han vivido. Pero hay un personaje que, desde el eje de la historia política, también cumple una importante función en este entramado: Víctor Otiniano Llauri. Veamos en qué medida se construye el fantasma de este personaje.

El fantasma de Otiniano Llauri

Otiniano Llauri es un policía trujillano que tuvo la mala suerte de ser convocado a la masacre del penal de Lurigancho durante el primer gobierno de Alan García (1986). Por ese motivo, se le envió a un inhóspito lugar fronterizo como *castigo*. Finalmente, es reclutado para pertenecer a un grupo paramilitar que funcionaría en las afueras del sur de Lima (la ya citada Casablanca). Allí eran llevados los *invitados*, como dijimos anteriormente. Además, quien estaba a cargo del grupo era por un tipo conocido como el *Capitán*. Otiniano Llauri era quien dirigía las acciones de tortura, violación y preparación de los cuerpos para ser enterrados en fosas clandestinas.

Ahora bien, a través del narrador desde la perspectiva de este personaje, nos enteramos de que hubo un hecho que decidió, según piensa Otiniano Llauri, su futuro: la visión de un cadáver torturado en Huanchaco, cuando iniciaba su carrera policial. El misterio que envolvió ese crimen tuvo además una enigmática respuesta: en sus pesquisas, Otiniano Llauri conversa con el brujo más viejo de la zona, quien le narra que el torturado quería ser brujo y, para lograrlo, debía enfrentarse a él. En otras palabras, el brujo viejo lo asesinó (“Lo vencí y lo maté, igual que en los huacos antiguos; lo sacrificué para ahuyentar el mal que se cernía sobre el Perú”). Y, cuando Otiniano Llauri narró esta historia a uno de sus subalternos de Casablanca, ante la obvia pregunta “¿por qué no lo apresaste?”, él dijo lo siguiente: “Entiende que ése no era un crimen (...) era un sacrificio que habían ofrecido para el Perú, por cada uno de nosotros. Fue un sacrificio de los brujos. Son brujos poderosos especialmente los de Túcume y Salas. Decían que hacían sacrificios humanos, aunque a mí no me constaba” (Arcos, 2007 p. 52).

Otiniano Llauri estaba convencido de esta superstición. Podríamos afirmar que este mito sostenía su *fantasma*: la justificación de que todos los crímenes que llevaban adelante (torturas, violaciones y asesinatos) eran una suerte de sacrificio que realizaban por el Perú. Eso lo conducía

a un *goce* de poder, de sentirse dueño absoluto del destino de los *invitados*. Un sadismo que corporeizaba su *objeto de deseo*. Ello mismo le aconteció cuando participó en la masacre del penal de Lurigancho: “Me entró un frenesí que no había sentido nunca ni comiéndome a la mejor hembra que se pueden imaginar, ni cuando me encontraba con esa hembra de Huanchaco, la que era casada. Comencé a disparar a todos los de allí. Algunos estaban en sus literas, sentados, sin hacer nada. Igual les disparaba. A uno le di tan cerca que me saltó su sangre” (Arcos, 2007 p. 53).

Era la *realidad* que se había construido y que en gran medida soportó el conjunto de atrocidades que marcaron su vida. No pasó lo mismo con su jefe, el Capitán, pues al final este personaje se vuelve loco y contaba todo lo que había realizado. Nadie en el manicomio creía una palabra.

“Uno se acostumbra a todo”, resume Otiniano Llauri frente a lo que le acontecía. Hay, así una mezcla de sexo y muerte (Eros y Tánatos) en el fantasma construido por la *realidad* de este siniestro personaje. Víctimario de Felipe, a quien, de forma paradójica, pregunta “por qué quiere perderse”. Volviendo al esposo de Carmen, su principal angustia, como ya mencionamos, se manifiesta en el sinsentido con que observa tanto su vida familiar como profesional. Veamos algunos detalles.

El fantasma de Felipe

A lo largo de sus peripecias, Felipe busca razones que expliquen las decisiones que ha tomado en su vida, tanto en lo personal como en lo profesional. Trotskista activo durante su juventud universitaria, deviene en una suerte de aburguesamiento que, sin embargo, busca paliar refugiando en su casa a perseguidos de dictaduras latinoamericanas, dándoles hospedaje hasta que puedan conseguir nuevos rumbos. Además, si bien aceptó apoyar a los familiares de algunos desaparecidos en Apurímac a regañadientes, en un momento determinado piensa que también esa decisión era un paliativo frente a su acomodaticia *realidad*.

Durante el proceso de la tortura, Felipe va tomando conciencia de la violencia que se venía tejiendo en torno de sí. Ya no era un mero espectador, o incluso un héroe que lucha contra la injusticia social. Ahora se encontraba dentro del cuerpo mismo de la violencia. Sobre todo son dos, a nuestro parecer, los momentos climáticos en que se representa esta conciencia sobre lo *real* de la muerte. El primero es cuando encuentra, dentro de la celda en que estaba encerrado, inscripciones de anteriores *invitados*:

Allí estaba una historia de la que ya había empezado a formar parte, vidas trucas, dolores, gritos, desgarramientos, violaciones. De pronto me di cuenta de que aquellos descubrimientos me habían excitado; era un arqueólogo, dentro de una llanura en la que sólo ve piedras, poco a poco comienza a descubrir los vestigios de una cultura, las bases de templos, los rostros apenas bosquejados de dioses sin nombre. No era el primero en estar allí y me sorprendió constatar algo que sabía y que olvidaba: otros habían pasado por lo mismo, otros habían dejado mensajes de naufragos en un tiempo marcado por no-días y no-noches, que podía registrarse en un pedazo de madera, en una sucesión de piedras a las que, de tanto en tanto, se pudiera recurrir para establecer una fecha que señalara, de manera más o menos precisa, el inicio del infortunio. (Arcos, 2007 p. 128-129)

Esta escena es sintomática, pues tiene su correlato en la parte final de la novela, cuando su hijo decide ser arqueólogo y buscar “la última huella, un vestigio al que nadie presta atención, pero que es la clave para continuar con la excavación” (Arcos, 2007 p. 210). Felipe padre se ve

inmerso así en el mundo de violencia y muerte que hasta ese momento había sido para él una visión *desde fuera*. Esa alusión a la arqueología de la última huella es, a nuestro parecer, una metaforización de la memoria.

La otra escena climática es el recuerdo de una clase en la universidad, cuando se discutía sobre la ética y praxis del abogado, a partir de una escena de la novela *La peste* de Camus. Felipe sostenía que la lucha social debía tener obligatoriamente su cuota de víctimas, y que buscar un pacifismo radical era una actitud acomodaticia, así la misma generara que uno terminara como víctima. En la nueva situación en la que se encontraba, realizaba una suerte de balance angustioso de su vida, en el que se reconoce como un cuerpo sin voluntad propia, dependiente absoluto de sus victimarios. Su último momento de lucidez fue para tomar conciencia de que siempre había buscado una justificación, a través del lenguaje, para todo. Su *fantasma*, el que le daba orden a su *realidad*, yacía, en la ley escrita. Pero ahora solo percibía la sinrazón de todo lo que había considerado cierto:

Era un cuerpo que debía cumplir un proceso de tortura que obligaba a hablar, a delatar y, por último, cuando ya no quedaba nada, a pedir perdón. Tal vez, porque no fue una certeza como en algún momento de mi vida fue la entrega apasionada a Carmen, y a Antonella, me aferraba a la idea de que me redimía el haber aceptado aún a regañadientes la invitación (...) para apoyar a aquellas mujeres de Apurímac. Ese acto sencillo, el único que no justificué a con ningún discurso, me condujo hasta aquí. (Arcos, 2007 p. 181)

Observamos que lo que prima aquí es la destrucción del contenido del discurso a través de la destrucción del cuerpo. El cuerpo con el que se obtiene el *goce* es también el del deterioro final. El todo con el cual se obtiene, al final, conciencia de la nada.

El fantasma de Carmen

El recorrido intrahistórico de Carmen es básicamente el del goce del cuerpo. Su formación conservadora (familiar y educativa) tuvo predominio frente a los acercamientos más liberales a partir de su contacto con los marxistas freudianos. Pero desde muy temprano tuvo una curiosidad por indagar en el meollo de su goce. De ello nos enteramos sobre todo al final de la novela, cuando se relata los momentos de infidelidad que había experimentado.

Ahora bien, en Carmen se constituyen dos imágenes: la mujer para los demás y la mujer para sí misma (“ese diez por ciento de tu vida que solo te pertenece a ti”, como justificaba al inicio). Para los demás, era lo que podríamos llamar convencionalmente como una “señora de sociedad”. La que amuralló su intimidad para que esa imagen no se viera afectada. En ella, más que en cualquier otro personaje, funciona mejor la sentencia lacaniana de que “el deseo es siempre el deseo de otro”. Eso otro, desde nuestra lectura, toma forma cuando llega a separar amor de sexo, y finalmente sexo de goce. Ese goce (“que tiene sus propias leyes”) se constituye como una pulsión erótica frente a la demanda fantasmática ¿qué quiere el otro?, ¿qué me quiere? La respuesta, como sabemos, queda en el limbo de su discurso (sujeto del inconsciente), de un discurso en que no sabe (o no sabe que no sabe) sus sentimientos hacia su esposo, su desilusión frente a su rol como madre y como profesional. Incluso al final le gana al miedo ante ese misterio que significa su goce:

Carmen se asustó de su capacidad de goce, del espacio abierto en su propio cuerpo, sin fondo y por eso mismo encantador, cautivante, que la había llevado a romper con ella mis-

ma, con lo que había sido su vida desde su nacimiento. Su cuerpo era más que su cuerpo, era un instrumento que podía ser usado, para conducirla más allá, más allá, sin importar hacia dónde... (Arcos, 2007 p. 207)

Así, se constituye en esta novela un doble estatuto del cuerpo como objeto de deseo: el cuerpo de Carmen como espacio conflictivo del goce frente a la dicotomía de su sentimiento de culpa; el cuerpo de Felipe como campo en que se libra la batalla del goce (sexual) y, al final, de la tortura y la violencia. Ninguno involucra una liberación: siempre estamos inmersos en la presencia del deterioro del cuerpo que es, en última instancia, el cuerpo del discurso. Por eso, al final Carmen llega a la certeza de que solo pueden haber “momento alegres, pero no felices; porque aprendió que la felicidad no existe” (Arcos, 2007 p. 212).

A modo de conclusión

Empezamos reflexionando sobre la noción de amor según Badiou y si esta se cumplía en el matrimonio Felipe-Carmen en la novela *El invitado*. Ahora bien, consideramos que hay puntos discordantes, pero también vinculantes. Si el amor para Badiou es una experiencia del mundo a partir de Dos que se reinventa desde un acontecimiento, y si ese acontecimiento construye el ser del amor, llegamos a la conclusión de que el amor no es un constructo estático, sino dialéctico. Y el acontecimiento que genera esta reinención del amor en el matrimonio en cuestión es el secuestro del esposo y el conjunto de peripecias que les acontecen a ambos a partir de ese momento. En todo caso, la infidelidad problematiza el esencialismo del concepto en Badiou, pero no por eso, a nuestro parecer, lo anula o lo vuelve un pseudo-acontecimiento. Si hay un proceso del amor en *El invitado*, es la conciencia que los esposos van a tener de sí mismos en los momentos más dramáticos de sus vidas.

Y si son dos (la experiencia de dos), cada uno va a mantener su esencia como sujeto. Y es ahí donde entran en juego las nociones de deseo y de fantasía. El sujeto en Lacan es el sujeto del inconsciente, el sujeto tachado. Y si por su naturaleza este sujeto es solo la imagen unitaria de lo que *en verdad* es fragmentado, es lógico pensar que la constitución de ese amor deba mostrar, en su experiencia extrema, las fisuras que el fantasma de la realidad busca ocultar. Pero que en el contexto extremo de la violencia suelen salir a flote.

Referencias bibliográficas

- Arcos Cabrera, C. (2007) *El invitado*. Quito: Editorial El Conejo.
- Badiou, A. (2012) *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Carbajal, E. et. al. (2005) *Una introducción a Lacan*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Jara, U. (2003) *Ojo por ojo: la verdadera historia del Grupo Colina*. Lima: Norma.
- Lacan, J. (1986) *Seminario 14 (1966-1967)*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2000) *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Manantial.
- Žižek, S. (1999) *El acoso de las fantasías*. Madrid: Siglo Veintiuno de España.